



Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Título: “Una aproximación psicológica a la problemática de la tartamudez”

Alumna: Corzo, Yanina Natalia.

Legajo: C-5676/6.

Docente responsable: Mizrahi, Melina.

Modalidad de presentación: Investigación bibliográfica. Año: 2023

Índice

1. Resumen.....	3
2. Introducción.....	4
3. Desarrollo	
3.1 Puntapié inicial.....	5
3.2 Entramado	5
3.3 Comunicación.....	7
3.4 Identidad estigmatizada	9
3.4.1 Una historia de esfuerzo, prejuicios y superación...	
12 4. Conclusiones.....	
14 5. Bibliografía	
16	

1. Resumen

El presente Trabajo Integrador Final (TIF) es una investigación bibliográfica que se propone indagar sobre la problemática de tartamudez y sus consecuencias psicológicas, desde una mirada que entrelaza los aportes de la Psicología, la Fonoaudiología y la Sociología. Basada en una lógica que aloja las tres grandes dimensiones humanas (biológica, psicológica y social), esta investigación rastrea y expone el entramado de los procesos de lengua, lenguaje y habla que se hallan implicados en el fenómeno de la tartamudez. A partir de allí, se esbozan sus particularidades en tanto acontecimiento de la comunicación en función de la categoría “situación dialógica” que remite a un espacio de confluencia e intercambio subjetivo. Asimismo, se aborda la constitución del rasgo identitario ligado a los efectos que produce

la presencia de esta dificultad de la comunicación en la subjetividad. Para finalizar el desarrollo teórico, se hace mención a una contemporánea historia de vida que refleja los conceptos teóricos desarrollados. Se concluye que las consecuencias psicológicas de esta problemática erigen un mundo cargado principalmente de sentimientos negativos, con una percepción general de la tartamudez asociada a una desgracia que atormenta al desarrollo vital armonioso. Por ello, se apunta a la posibilidad de introducir un movimiento subjetivo que marque una diferencia, promoviendo la elaboración de otro modo de relacionarse con la tartamudez, con uno/a mismo/a y con el entorno, para lo cual un abordaje psicológico que amplíe la visión individual de la problemática es sumamente crucial.

Palabras claves: Tartamudez, entramado, comunicación, identidad, estigma.

2. Introducción

El presente Trabajo Integrador Final (TIF) tiene como finalidad abordar la temática de la tartamudez y se propone pensar en los efectos que genera en la singularidad de quienes la padecen. Para tal propósito, se recurrirá a diversos autores¹ que permitan la investigación de esta problemática bajo una lógica que aloje las tres grandes dimensiones: psicológica, biológica y social.

Como punto de partida, es primordial explicitar bajo qué concepción de sujeto se desarrollará este trabajo: la persona como ser humano bio-psico-social que depende desde su origen de la relación con el otro; lazo que se encuentra regulado por el lenguaje

que lo antecede. Comprendido como ser social e históricamente determinado, resulta emergente de los procesos que se desarrollan en el marco de la interrelación sujeto contexto. Dentro de ese marco, se despliega un concepto nodal sobre el que gira el abordaje de esta problemática: la denominada “situación dialógica” en tanto espacio participativo donde confluyen diferentes singularidades con una finalidad que no está asociada exclusivamente al intercambio de información. Allí, a través de elementos lingüísticos y paralingüísticos como la voz, los gestos, las miradas, la intencionalidad, la respiración y la entonación se elaboran las situaciones comunicativas que hacen a la estructuración de la subjetividad y también pueden dar lugar a las condiciones que constituyen a la tartamudez como modalidad discursiva singular.

Quienes lean este TIF se encontrarán con cuatro apartados de desarrollo teórico: el primer apartado, titulado “Puntapié inicial”, sitúa el carácter complejo y enigmático que conserva esta dificultad, inclusive a través del tiempo. En el segundo, denominado “Entramado”, se aborda la implicancia de los procesos de lengua, lenguaje y habla en el fenómeno de la tartamudez. El tercer apartado, nombrado “Comunicación”, parte de una definición del concepto *comunicación* para, en función de ella, delimitar la problemática de la tartamudez. En último lugar se encuentra el apartado designado “Identidad estigmatizada” que profundiza la constitución de la identidad individual y las consecuencias psicológicas que engendra. Como subtema del mencionado capítulo ligado a la cuestión identitaria, se despliega una contemporánea historia de esfuerzo, prejuicio y superación que resume e integra la teoría desarrollada.

Por último, se presentan las conclusiones obtenidas en función del recorrido teórico realizado.

¹ El presente trabajo empleará una escritura en masculino gramatical a los fines de entendimiento y coherencia textual, sin embargo, no se desconoce en absoluto la importancia y reconocimiento de la diversidad de género.

3. Desarrollo

3.1 Puntapié inicial

Desde épocas muy lejanas, la tartamudez constituye una incógnita de alta complejidad. Quizás por esa razón, existe una reducida cantidad de libros, artículos, películas que tratan de circunscribir, explicar y caracterizar esta problemática que deja

marcas y trae consecuencias tanto en quién la padece como en su entorno.

Los primeros registros sobre la tartamudez se encuentran en las escrituras bíblicas. Moisés -el profeta de mayor relevancia para la fe judía- fue uno de los primeros sujetos tartamudos de los cuales se tienen noticias. En la lectura de la Biblia, se puede vislumbrar cómo le manifestaba ante Dios cómo su dificultad en el habla le impedía asumir el liderazgo del pueblo hebreo: “¡Ay, Señor! No soy un hombre elocuente, de ayer ni de anteayer, ni desde que hablaste a tu siervo, sino que soy torpe de boca y torpe de lengua” (La Biblia, 1961).

En otro momento de la historia, el rey Jorge VI, que ocupó el trono del Reino Unido desde 1936 hasta 1952, también fue tartamudo. De su vida signada por la tartamudez y la monarquía se trata la película *El discurso del rey*, film británico que aborda la historia real del Duque de York, quien decide recurrir a un terapeuta para superar una dificultad que le traía muchos dolores de cabeza a la hora de ejercer su rol monarca.

A lo largo de la trama, se pueden observar algunas de las múltiples y muy variadas estrategias que se han utilizado a lo largo de la historia para “erradicar” la tartamudez: ejercicios de modulación -algunos con canicas en la boca-, ejercicios de respiración, trabalenguas, incluso melodías; diversas técnicas para “desfocalizar el síntoma y no fijarlo, para vencer su miedo” (Mizrahi, 2014, p. 169).

Además de las diversas estrategias y teorías que han tratado de explicar el origen y mantenimiento de la tartamudez, también se ha recurrido a distintos fármacos para el tratamiento de esta dificultad: “antipsicóticos, antiepilépticos, antidepresivos, los derivados anfetamínicos y la levodopa son los medicamentos más habitualmente relacionados con este tipo de trastorno” (Boletín de Farmacovigilancia de Cataluña, 2022). Sin embargo, los resultados han sido muy pobres y nada ha alcanzado para cumplir la expectativa tan anhelada como imposible: la fluidez absoluta.

3.2 Entramado

Desde el momento de su natalicio, los sujetos comienzan a transitar el curso de su desarrollo vital: a lo largo de este trayecto, se producen una serie de cambios físicos, cognitivos, sociales y afectivo-emocionales que involucran un extenso proceso de organización gradual y complejización ascendente de las funciones biológicas, psicológicas y sociales que los caracterizan como tal.

Según Chokler (2005), uno de los factores estructurantes que opera como organizador del desarrollo es la comunicación, la cual puede facilitar, ordenar u obstaculizar las interacciones del sujeto con su medio. Al respecto, la autora menciona que la comunicación con los demás se inicia con el contacto y la conexión que promueven un diálogo tónico-corporal de miradas, gestos, mímica, voces, movimientos, distancias, con las figuras primordiales vivenciados con placer o displacer. Esta interacción temprana supone la existencia de una sintonía emocional entre el sujeto naciente y sus cuidadores, en la cual, los adultos cercanos van atribuyendo intencionalidades y sentidos a los diversos actos de los bebés, lo cual resulta fundamental para su constitución subjetiva. De este modo, se pone de relieve cómo desde el nacimiento, los niños son capaces de comunicarse con su entorno a través de diversos actos y estados emocionales. Sin embargo, resulta fundamental la presencia allí de adultos predispuestos a leer dichos estados, capaces de interpretarlos como mensajes con valor comunicativo y actuar en consecuencia; solamente así se empezará a sembrar

el terreno para lo que será la constitución del tejido que se forma entre lengua, lenguaje y habla: capacidades que separan y distinguen a los sujetos del reino animal. La lengua es el producto social de la facultad del lenguaje, concebida como la totalidad de reglas

gramaticales que un conjunto social elabora para facilitar la comunicación entre sí. Por ello, se trata de un sistema de signos pre-existente, supraindividual y coercitivo para el sujeto naciente que tendrá que apropiarse para poder integrarse en la comunidad (Levin, 2011), siempre y cuando cuente con ciertas capacidades innatas y condiciones favorables que posibiliten su adquisición (Saussure, 1945).

Según el programa de la materia Psicología del Lenguaje y el Desarrollo de la facultad de Psicología (2022), el lenguaje no se reduce pura y exclusivamente a la traducción de los contenidos del pensamiento a un código lingüístico determinado, sino que está directamente comprometido en la construcción del conocimiento y la constitución de la subjetividad. Mediante el uso de los símbolos significativos que constituyen los signos lingüísticos, hace posible el intercambio y la expresión de ideas, creencias, pensamientos, deseos y emociones entre propios y ajenos. Asimismo, posee un sustrato anatómico-fisiológico y resulta de un largo proceso de aprendizaje que se inicia mucho antes del momento de nacer.

Entonces, el lenguaje se concibe como un “tramado somático-psíquico-social que se construye con una lengua determinada, por medio de actos discursivos y en relación con otro” (Levin, 2002, p. 11). Sin lengua no hay lenguaje, dado que este último se estructura en función del uso particular que el sujeto hace de la lengua. Mientras que esta última refiere más al orden y las leyes gramaticales, lógicas y sociales, el lenguaje es una expresión de la singularidad del sujeto, a la par que resulta la primera vía de contacto con otros y representa una herramienta indispensable para la regulación del pensamiento y la conducta.

Resulta sustancial señalar que el sujeto, necesariamente acompañado y apuntalado por su entorno, transita un largo y complejo proceso de organización, construcción y apropiación para elaborar ese entramado somato-psíquico-social que es el lenguaje. Este recorrido se inicia antes del nacimiento y se extiende hasta la adolescencia: según Azcoaga (1984), en el período que abarca desde el primer año de vida hasta los 5 años, se puede rastrear el desarrollo lingüístico más intenso con un avance altamente significativo en la adquisición del lenguaje, mientras que en la etapa que comprende de los 5 a los 12 años, se produce aquello que tiene que ver con el ordenamiento del instrumental locutivo, fonológico y gramatical ya incorporado, así como también la expansión en el dominio de los aspectos sintácticos y semánticos. Con este criterio etario, es posible establecer una clara distinción entre quienes se encuentran atravesando dicho proceso de adquisición y quienes ya han recorrido este camino y disponen de un lenguaje ya constituido.

El tercer eslabón del entramado es el habla, modalidad de expresión verbal oral que responde al *qué* se dice y el *cómo* se dice. Presenta características meramente individuales, tiene un soporte sonoro y funda la puesta en acto de la estructura de una lengua. La voz, el ritmo, la prosodia, la entonación, la respiración y la tensión muscular constituyen el escenario donde el sujeto se exhibe y busca ser reconocido como ser hablante, haciendo posible la comunicación verbal.

Con los tres componentes de este entramado, queda establecida la cuestión de que, a la hora de hablar, no sólo se despliega el repertorio de palabras con el que cuenta cada uno, hay mucho más en juego:

Se habla desde la propia historia, configurada por experiencias dichas y dolorosas, insertas en un contexto social-cultural, amasadas en el saber de generaciones pasadas. Se habla desde un lugar afectivo y social. Se habla también desde una integridad: lo conocido, lo no conocido pero posible de conocer y lo desconocido [...]. Se habla también desde lo controlable, no controlable e incontrolable. (Levin, 2002, p. 15).

3.3 Comunicación

La comunicación es una condición indispensable para la vida humana y comprende un complicado proceso de interacción. La misma hace posible la expresión y transmisión de información de diversa índole: emociones, deseos, intereses, entre otros. Watzlawick (1985) ideó una serie de axiomas que intentan brindar un encuadre más preciso para tal condición esencial para la vida. En primer lugar, señala que resulta imposible no comunicarse: toda conducta en situación de interacción tiene valor de mensaje; no existe la no-conducta. Es la imposibilidad de no comunicarse la que hace que todas las situaciones donde participan dos o más personas sean interpersonales y comunicacionales.

El segundo axioma indica que toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional. Mientras que este último alude al contenido del mensaje, el aspecto conativo refiere a la relación entre los comunicantes, es decir, en qué contexto debe ser entendida dicha comunicación.

En tercera instancia, el autor propone que la naturaleza de una relación se definirá de acuerdo a cómo sea comprendido el intercambio de mensajes mutuamente influenciados entre sí. En cuarto lugar, enuncia la capacidad del sujeto de comunicarse a través del lenguaje digital y analógico, es decir, comunicación verbal y no verbal. En quinto y último lugar, determina que todos los intercambios comunicacionales son simétricos o complementarios según estén basados en la igualdad o en la diferencia.

Retomando la temática de este TIF, una de las problemáticas que se sitúa dentro del campo de la comunicación es la tartamudez. Los sujetos que tartamudean presentan dificultades para mantener una prosodia fluida en el ritmo de su discurso comunicativo, la cual se vuelve evidente en las repeticiones y persistencias de sonidos o fonemas, acompañados con manifestaciones corporales como movimientos de labios, ojos, párpados o incluso el cuello que dan cuenta del esfuerzo que hace el sujeto para tratar de disminuir o superar su dificultad.

Respecto a su origen, Azcoaga (1984) expone el obstáculo que encuentra para ubicar su etiología. Sostiene que a pesar de "(...) la naturaleza funcional de la tartamudez no se puede rechazar alguna disposición orgánica sobre la que se asiente el síntoma y su cortejo de componentes neuróticos" (p. 133), y concluye que se trata de un "trastorno funcional rebelde, más frecuente en los niños y varones" (1984, p. 133).

Peyrone (2005) propone que se trata de una dificultad de comunicación que involucra vínculos y contextos del sujeto que tartamudea. Destaca que los síntomas de la tartamudez no sólo se ponen en evidencia en el campo lingüístico: también repercuten en el área cognitiva, emocional y motora.

En esta línea, la autora brinda una descripción precisa del sujeto tartamudo:

La persona que tartamudea no habla espontáneamente sino con la intención de hablar bien y todos los esfuerzos que hace para lograrlo son los síntomas que muestra y le confirman que no sabe o no puede hablar bien. Cuanto más se esfuerza anticipando y evitando, peor es el resultado; de esta manera va armando, durante el transcurrir de su vida, el entramado de síntomas que la define (Peyrone, 2010, p. 167)

De acuerdo a los desarrollos teóricos de Levin (2011), se infiere que el aspecto vincular forma parte del desencadenamiento de esta dificultad. Incluso antes de adquirir el lenguaje, somos hablados por otros: la lengua circula en el entorno del sujeto mucho antes de su nacimiento, vehiculizada por medio de voces familiares que transmiten anhelos afectivos, mandatos de orden socio-cultural, expectativas, proyectos, entre tantas cuestiones más. Es por ello que una de las nociones transversales es la conceptualización de la situación dialógica, interacción en la que ubica al fenómeno de la

tartamudez, en tanto que lo que se ve afectado en esta problemática es el

7

desenvolvimiento de la capacidad que le permite al sujeto encontrarse y dialogar con otro.

Propio de la vida corriente en sociedad, se replican múltiples y diversas situaciones dialógicas, es decir, espacios participativos, sistemas abiertos en los que se produce el encuentro de la disparidad, de la diferencia subjetiva por el mero placer de conversar. Levin señala que “hablar, dentro del género discursivo de la conversación, puede equipararse al jugar: su finalidad en sí mismo es el placer” (Levin, 2011, p. 8). Se juega en el vínculo afectivo con quienes conforman el entorno; en esa confluencia, se modela y moldea el espacio discursivo, se intercambian roles y lugares, se lleva a cabo una exposición verbal y paraverbal: a través de elementos lingüísticos y paralingüísticos como gestos, miradas, intencionalidad, respiración, entonación se constituyen las situaciones comunicativas que hacen a la estructuración de la subjetividad y también pueden dar lugar a las condiciones que constituyen a la tartamudez como modalidad discursiva singular

A través de la interacción dialógica, se establecen relaciones en la que circula el reconocimiento del buen hablante, así como también el deseo de ser reconocido como tal, lo cual conduce y promueve la afirmación de sí. Precisamente por todo ello, la situación dialógica supone atreverse a la exposición, a mostrarse, a exhibirse, a dejarse ver tanto corporal como verbalmente. En el sujeto que tartamudea, el acto de habla adquiere un carácter excepcional: de esta manera, el placer de la conversación deviene en sufrimiento. La situación dialógica obtiene una cualidad conflictiva, en la que “alguien se muestra sufriente, tartajeante y a la vez mantiene al otro expectante e indefenso. Ambos fracasan en el hablar, el lenguaje no les sirve para vivir el placer del encuentro” (Levin, 2011, p. 43).

En continuidad con lo mencionado anteriormente, Levin (2011) profundiza:

Lo que ve el tartamudo no sólo es el espejo de sí sino la perplejidad, el fastidio, la impaciencia de ese otro que ha quedado anulado en la expresión de su propio decir, para ser ayudante adivinador del decir tartajeante. [...] Pone a su hablante en situación de ansia desmedida en relación al lenguaje. Entonces, el “hablar bien” se convierte en objeto anhelado, valioso, perteneciente a otro y que inviste de poder a quien lo posee. (2011, p. 41)

En consecuencia, la situación dialógica alcanza características intimidatorias que conducen a la evitación y la huida de los sujetos que tartamudean. Los períodos libres de tartamudez que atraviesan estos últimos cuando están en soledad, de algún modo confirman tales postulados en tanto que nadie sujeto tartamudea estando solo, ni cuando canta ni cuando lee, excepto cuando siente el peso de la mirada-presencia ajena (Levin, 2011).

Así, puede afirmarse que el encuentro conversacional falla porque existe una sobredimensión y sobrevaloración del otro, la cual intimida e incide de forma directa a la hora de la elaboración del discurso. Su presencia, a través del rostro y la actitud corporal, le devuelve al sujeto tartamudo una imagen de sí que, al asumirla como propia, lo encierra y reduce a su tartamudez. Tal es así que al identificarse con esa representación, empieza a desvanecerse la espontaneidad e imprevisibilidad que caracteriza al género conversacional del sujeto hablante. Predomina el temor y la anticipación, en detrimento de lo fortuito, la novedad y la creatividad discursiva (Levin, 2011).

Por su parte, Friedman (2000) también sostiene que la tartamudez no está en la persona ni en su organismo: es una manifestación que se localiza en la situación discursiva, en el diálogo entre las personas que participan del contexto conversacional (p.

4). Retomando a la autora antes mencionada, Ibañez (2023) señala que se trata de “un modo de funcionamiento lingüístico discursivo, que se estructura alrededor de una imagen estigmatizada de mal hablante y se desarrolla en el contexto de una ideología del bien hablar” (p. 61).

Basándose en los postulados de Friedman, Ibañez (2023) explicita que la imagen

8

de hablante hace referencia a una “construcción inconsciente que nos define y habilita (o no tanto) como sujetos parlantes en una comunidad, en relación y diferentes a otros sujetos parlantes” (p. 62). Desde esta perspectiva, todo sujeto adquiere una imagen de hablante cuyas características se delimitan a lo largo del proceso de adquisición del lenguaje, en un contexto influenciado por la ideología del bien hablar. Esta última, alude a una construcción imaginaria social que pondera y pregona la existencia del ideal de hablar apropiadamente, es decir, de forma correcta y fluida, sin trabas o errores, utilizando una adecuada selección y combinatoria de palabras. Un modo de hablar mítico, que en la práctica nadie puede ejecutar.

Retrocediendo a los tiempos de la temprana infancia, resulta menester mencionar que cuando el infante está adquiriendo y asimilando el lenguaje, es habitual y esperable que aparezcan imperfecciones en su discurso tales como bloqueos, lapsus o hesitaciones, precisamente porque está atravesando un proceso de aprendizaje que le permitirá devenir en sujeto del lenguaje. Incluso más tarde, en la adolescencia y la adultez, también pueden encontrarse discursos con imperfecciones similares, dado que el lenguaje en uso presenta fallas y es incompleto. Sin embargo, lo determinante no es la falla o imperfección en sí misma sino más bien cómo se reacciona frente a ella. Ante estos escenarios, el accionar de los interlocutores puede ser determinante: podrán sancionar esas marcas inconscientes como errores que deben eliminarse para “hablar bien”; o bien, podrán oír los discursos sosteniéndose en el plano del sentido, recomponiendo aquellas imperfecciones y respondiendo al diálogo (Ibañez, 2023). Si en la interacción dialógica el foco está puesto en la forma del lenguaje y se deja de lado su sentido, la comunicación se interrumpirá indefectiblemente. Frente a la sanción por la manera de hablar *-hablá lento, tranquilízate, respíra para hablar-*, el niño no podrá comprender qué es lo que está mal de su discurso, porque de alguna forma se está rechazando toda su manera automática y espontánea de comunicarse (Friedman, 2000).

Cuando este rechazo se perpetúa en el tiempo, el niño ingresa en una paradoja: por un lado, su forma de hablar no conforma a los adultos interlocutores porque no habla bien; pero por otro lado, no sabe hablar de otra manera: “al entender que hay algo que está haciendo mal y querer solucionarlo, comienza a controlar una actividad espontánea, el hablar, y de esta manera se enquistada la traba” (Ibañez, 2023, 64). Ya no se desliza inconscientemente por la cadena de sonidos que le permiten elaborar su discurso singular; el eje se empieza a centrar en *cómo* dice lo que se dice y no en aquello que está tratando de decir.

Con estas coordenadas, se perfila la consolidación de la imagen estigmatizada del hablante, cuyo cimiento fundamental es la repercusión que presenta el entorno primordial ante el discurso del niño. Así, “comienza a tener un modo de funcionamiento discursivo torpe, mostrando al hablar el sufrimiento que le genera la situación en lugar del placer del encuentro” (Ibañez, 2023, p. 64). Junto con ese displacer por la interacción conversacional en sí misma, también se presenta el temor a tartamudear -ligado a la anticipación- y el deseo de no hacerlo; tres fuerzas que no sólo conducen al intento -fallido- de controlar el habla espontánea, sino que también impulsan y promueven la imagen estigmatizada de hablante con la que el niño se identifica, dando lugar al afianzamiento de su tartamudez, con el padecer que eso conlleva: aquello que Friedman (2000) denomina tartamudez sufrimiento: “más fluidez se busca, más tartamudez aparece, y con ello más sensaciones en el cuerpo, más pensamientos, emociones

negativas y menos intenciones de hablar” (p. 193).

3.4 Identidad estigmatizada

Con los lineamientos del apartado anterior, como sostiene Ibañez (2023) tomando los conceptos de Friedman (2000), se desprende que el sujeto tartamudo es aquel que, en el contexto de la ideología de bien hablar, se caracteriza por haber adquirido una forma discursiva organizada en torno a una consolidada imagen estigmatizada de mal hablante que se asume como rasgo de identidad. Según Levin (2011), la tartamudez en

9

tanto singularidad discursiva se inicia con una asunción subjetiva defectuosa del yo y acaba constituyéndose en un rasgo de identidad, *el tartamudo*, que culmina con el aislamiento del sujeto hablante etiquetado de esa manera.

En función de la asunción de esta imagen de mal hablante como rasgo identitario, es importante establecer una distinción entre el modo lingüístico discursivo de los sujetos disfluentes y los sujetos tartamudos/as. A diferencia de estos últimos, una persona disfluyente es aquella que participa del contexto de una ideología de bien hablar y posee un funcionamiento lingüístico estructurado en torno a una imagen de mal hablante que aún no se ha consolidado: es el caso de los niños/as que, transitando la temprana infancia, atraviesan el complicado proceso de adquisición del lenguaje. No obstante, el panorama resulta muy diferente en la adolescencia y la adultez debido a que ya se ha recorrido la travesía de la apropiación del lenguaje y pudo haberse afianzado tanto la modalidad discursiva como la cuestión identitaria en torno a la imagen estigmatizada de mal hablante inherente a la tartamudez (Ibañez, 2023).

Es oportuno ahondar en la noción de estigma que introduce Erving Goffman (1963), ejemplar sociólogo y escritor canadiense del siglo XX considerado el padre de la microsociología por su interés en estudiar y analizar las unidades mínimas de interacción entre las personas, enfocándose siempre en grupos reducidos. Para él, el estigma es una marca social negativa que afecta la percepción de una persona en la sociedad. Se refiere a las características que desvían a alguien de las normas sociales aceptadas, generando un estigma visible o invisible. Goffman exploró cómo estas marcas afectan la interacción social y la identidad de las personas, dado que consideraba que poseer un estigma implicaba una indeseable diferencia respecto a los demás. El mismo produce un descrédito amplio en el entorno social. Aun así, resalta que no todos los atributos considerados socialmente indeseables son temas de discusión; únicamente aquellos que son incongruentes con el estereotipo social acerca de cómo "deben" ser las personas. Este estigma, entonces, refiere al atributo que resulta profundamente desacreditador y, por ende también, a la relación entre quien posee dicho atributo y quien confirma aquello que el conjunto social considera "normal".

Bajo este escenario, por la connotación negativa y el descrédito que conlleva ser tartamudo, durante mucho tiempo los sujetos padecientes de esta dificultad intentaron esconder los efectos que engendra en su singularidad, debido al desprestigio y la vergüenza que ocasiona tanto en su alrededor como en sí mismos. Con el propósito de promover la desmitificación y naturalización de esta compleja problemática de comunicación, resulta pertinente acudir a exponentes que brindaron su experiencia personal como tartamudos, intentando visibilizar el dolor que les causa este acontecer en su cotidianidad.

Rodríguez (2005) se define e identifica como tartamudo: "Soy tartamudo, siento, pienso y actúo primero como tartamudo, luego como psicólogo, como investigador o como científico" (p. 14). Desde esa posición y en función de sus propias vivencias, ha elaborado un enfoque bio-psico-social de la tartamudez, partiendo de la premisa del hombre como organismo cuya interacción con el medio social genera consecuencias

psicológicas.

Mencionando a los aportes teóricos de Sheehan, Rodríguez (2005) distingue que la tartamudez responde a un problema de identidad, un desorden en la presentación social de sí mismo: se trata de un comportamiento asociado a un rol específico como hablante y, a su vez, a la relación entre éste y el interlocutor. Acerca de ello, el mencionado autor circunscribe:

El tartamudo es un hablante fluido en por lo menos la mitad de la conversación, durante este lapso representa el rol de buen hablante y esto puede crear una expectativa del rol en torno a la fluidez y provocar un mayor tartamudeo. Por otro lado, cuando tartamudea representa su rol de tartamudo y disminuye las expectativas de hablar con fluidez, que le producen miedo (Rodríguez, 2005, p. 30).

10

Asimismo, Rodríguez (2005) se sirve de los aportes de Sheehan para describir las consecuencias psicológicas de ser tartamudo:

La tartamudez es como un témpano de hielo: la parte sobre la superficie es lo que la gente ve y oye y es la parte más pequeña. Sin ir más lejos, la parte más grande es la que está debajo de la superficie donde se encuentra la vergüenza, el temor, la culpa y todos esos sentimientos que nosotros tenemos cuando tratamos de hablar o decir una frase simple y no podemos (Rodríguez, 2005, p. 13).

Según el autor (2005), se pueden identificar por lo menos tres causas que generan sentimientos de culpa: 1) provocada, que deriva de los orígenes de cada caso en particular de tartamudez, es decir, del camino para convertirse en un tartamudo; 2) por el falso rol, que resulta de las muletas y los mecanismos de evitación empleados para engañar a los oyentes; y 3) por la reacción de la audiencia o, en otras palabras, un efecto secundario que se origina porque el tartamudo sabe que su discurso oral le genera angustia a sus oyentes. Esta culpa, después se transmuta en vergüenza: cada vez que el tartamudo se bloquea, revive una de sus experiencias más significativas, verse a sí mismo bloqueado e incapaz de expresarse por medio del habla, convirtiéndose en víctima de un estrés emocional severo.

La búsqueda ansiada de fluidez hace que los sujetos tartamudos no se permitan y mucho menos acepten su manera de hablar. Con la intención de otorgarle un espacio necesario para que puedan compartir sus experiencias, aceptarlas y reflexionar al respecto, Rodríguez (2005) recogió numerosos relatos que dan cuenta de los efectos similares que genera la tartamudez en las diferentes singularidades:

“La tartamudez no me ha permitido avanzar en muchos casos. No me ha permitido hacer amigos”

“Nunca pude sobresalir en la escuela, era un martirio ir a clases y hoy día me da pánico contestar el teléfono”

“Es un miedo al ridículo, un temor a que los demás opinen de nuestro defecto”

“La tartamudez ha moldeado nuestra personalidad y ha generado esos monstruosos miedos, entonces también ha influido en la forma como vivimos nuestra cotidianidad”

“Mi tartamudez más tarde o más temprano vuelve a hacer dificultosa mi habla en

sociedad y me golpea hasta lo más profundo de mi autoestima y el concepto de mí mismo”

“...uno se siente muchas veces un bicho raro”

“He llorado mucho por culpa de mi tartamudez”

“La tartamudez no es lo que se ve sino lo que no se ve: esa inseguridad específica a a decir algo, ese miedo o inquietud o sencillamente molestia de que no nos va a ser posible emitir una determinada idea o que no vamos a poder hacerlo de modo adecuado”

“¿Por qué quiero dejar de tartamudear? PORQUE SÍ. Porque en el fondo NO ME ACEPTO YO a mí mismo tal cual soy”

11

A lo largo de estos testimonios, se puede rastrear la presencia de sentimientos análogos: temores, inseguridades, frustraciones, sentimientos de inferioridad, rechazo hacia sí mismo, tristezas y mucha angustia. Se deja traslucir la percepción general de la tartamudez como algo negativo, una desgracia que atormenta e imposibilita un desarrollo armonioso en todos los ámbitos de la vida. Asimismo, se advierte cómo, con el correr del tiempo, este modo de hablar turbado, torpe, con movimientos temblorosos que pueden conducir hasta la mudez, constituye un rasgo que golpea la identidad del sujeto (Levin, 2011).

Gracias a los discursos de quiénes cuentan en primera persona cómo conviven con la tartamudez, queda registro de la forma en que se instaura el círculo fundante de la identidad alrededor del cual gira toda su existencia. Se basan en la creencia de que la totalidad de sus cualidades y capacidades se invalidan pura y exclusivamente por su singularidad discursiva. Comienzan a estructurar su comportamiento en función de lo que consideran que será la reacción social de su entorno: intentan tapar su tartamudez asumiendo falsos roles, poniendo en práctica formas artificiales de hablar, aumentando el tono de su voz y haciendo inmensos esfuerzos para que salga la palabra, mientras, a su vez, se va conformando un mundo fuertemente cargado de emociones negativas (Rodríguez, 2005).

De esta forma, el horizonte para las personas tartamudas puede parecer oscuro y desalentador. Pese a ello, Rodríguez (2005) alega:

Cuando el tartamudo logra romper su silencio y se aventura a hablar de su problema, de inmediato comienza a sentir que si bien su tartamudez sigue representando un problema que sería preferible no tener, no constituye el gran impedimento que se había creído que era. (p. 115).

Para este autor, cuando descubren y asimilan que “lo más importante no es hablar fluidamente, sino comunicarse de manera efectiva con el otro” (Rodríguez, 2005, p. 117), la perspectiva da un giro de 360° grados. Comenzar a preocuparse por el *qué* del discurso y no por el *cómo*, posibilita un cambio en la concepción de la tartamudez y del *ser tartamudo*. Esto promueve y posibilita un movimiento subjetivo que apuntala la construcción de otro modo de relacionarse con la tartamudez, con uno/a mismo/a y con los demás.

3.4.1 Una historia de esfuerzo, prejuicios y superación.

Con el objetivo de sintetizar e integrar los conceptos teóricos desarrollados, a continuación se hará alusión al testimonio de vida de Eduardo “Wado” De Pedro, referente político contemporáneo afectado por la tartamudez.

Abogado y político argentino que actualmente se desempeña como ministro del Interior de la Nación, convive con la tartamudez desde su temprana infancia. Es hijo de militantes desaparecidos y asesinados durante la última dictadura cívico militar. Tras estar un tiempo secuestrado durante su niñez, Wado fue rescatado por sus tíos con quienes se crió en la ciudad de Mercedes, provincia de Buenos Aires.

Egresado de la Universidad de Buenos Aires, realizó un posgrado en Administración y Políticas Públicas por la Universidad de San Andrés. Militó por los Derechos Humanos en la agrupación H.I.J.O.S. de la cual es uno de sus fundadores. Además, junto con otros dirigentes políticos fundó la agrupación La Cámpora. Trabajó en el Poder Judicial de la Nación, fue jefe de Gabinete de la Subsecretaría de Turismo de la Ciudad de Buenos Aires (2004), vicepresidente del Consejo Nacional Justicialista (2014) y apoderado del Partido Justicialista de la Provincia de Buenos Aires (2016). También se desempeñó como diputado nacional de la mencionada jurisdicción (2015-2019).

Debido a las tareas propias de su labor en el ámbito de la política nacional, su padecer alcanzó mayor visibilidad mediática. Así, se vio en la obligación de hablar abiertamente sobre el tema, dado que era muy cuestionado por el público en general y

12

los medios de comunicación habían generado un gran revuelo en torno a ello. El episodio desencadenante aconteció cuando el 14 de noviembre de 2021 salió a anunciar los resultados de las elecciones legislativas nacionales. En las redes sociales, muchos usuarios le atribuyeron estar nervioso e incluso borracho. Y entonces, se vio en la necesidad de aclarar, de manera escueta, qué es lo que le ocurre: “Les comento que tengo disfluencia (o tartamudez) y todos los días trabajo para mejorar y superarme”, se defendió en un tweet.

En una nota íntima brindada a la periodista María Nöllmann del diario La Nación (2023), Wado narra la historia de una vida signada por la dificultad para comunicarse. Allí, relata que durante gran parte de su infancia pidió los mismos gustos de helado porque su pronunciación le resultaba más sencilla y recuerda la enorme frustración que le generaba no poder hacer lo que tenía ganas.

En su etapa escolar, destaca la timidez que lo invadía en el momento de interactuar y el enorme malestar que le generaba la obligación de participar oralmente en las clases, dado que no recibía ningún tratamiento diferencial. Asimismo, menciona que los alumnos más grandes se burlaban de él llamándolo “Tarta” o “Tartamudo” de manera despectiva. Si bien se defendía ante las ofensas recibidas, no era inmune a ellas. Esos pequeños momentos de angustia y frustración calaban hondo en su subjetividad: “A mí me quitó muchísimos momentos de felicidad” (Nöllmann, 2023).

Años más tarde, radicado en la ciudad de Buenos Aires para estudiar abogacía, le sucedía algo similar cuando viajaba en colectivo y debía advertirle al chofer hacia dónde se dirigía: una pregunta tan sencilla como “¿A dónde vas?”, a Wado le implicaba un enorme desafío que sorteaba bajando antes o después de la parada correcta, porque le resultaba más fácil de pronunciar: “Era diario. Para ir a la universidad, para ir a trabajar. Todos los días, cuatro bondis, cuatro veces esa misma situación” (Nöllmann, 2023).

A pesar de las circunstancias que atravesó a lo largo de su infancia y adolescencia, De Pedro no se dejó amedrentar por su dificultad y gracias a los recursos adquiridos en un extenso tratamiento fonoaudiológico con Beatriz Touzet, pionera y fundadora de la Asociación Argentina de Tartamudez, logró ejercer una profesión que, entre otras habilidades, requiere del manejo de la oralidad: “Hay que convivir y aceptarse. Empecé a mejorar cuando empecé a aceptarme. Durante todo el tiempo que quise

superarme y dejar de tartamudear, quizás reforcé la tartamudez. [...] Me empecé a superar cuando comencé a aceptarme” (Nöllmann, 2023).

Su crecimiento personal y profesional fue tal que llegó a postularse como precandidato a presidente de la nación argentina antes de las elecciones PASO del presente año, demostrando que su tartamudez no echa por tierra sus condiciones para ejercer el rol más importante del país. No obstante, reaparecieron los discursos de odio que supo oír en su adolescencia y Wado volvió a ser víctima de dichos discriminatorios por su dificultad. Esta vez fue el periodista Gabriel Levinás quien en medio de un análisis del escenario político de la Argentina para el canal Todo Noticias, opinó sobre la figura del ministro del interior y señaló que la sociedad no está preparada para tener un presidente tartamudo. También recalcó que éste fallaría en su función porque es incapaz de hablar en público. En esta oportunidad, el repudio hacia las declaraciones del periodista se hizo oír de inmediato, inclusive por parte de Touzet, su ex fonoaudióloga, quien enfatizó que se trata de una opinión personal plagada de prejuicios y desconocimiento.

Wado De Pedro constituye un ejemplo de esfuerzo y superación por su capacidad para afrontar el sufrimiento que le generaba su tartamudez; por sobreponerse a las críticas y prejuicios instalados en la sociedad; por escucharse y no claudicar ante su deseo de ayudar y trabajar desde la política para construir una sociedad más empática y amable donde primen los vínculos sanos, solidarios y respetuosos. Por todo ello encabeza la campaña nacional de concientización, difusión, capacitación y abordaje de la problemática del bullying destinada a niños, adultos y medios de comunicación.

13

4. Conclusiones

El presente TIF finaliza con la fiel convicción de que cada aporte resulta indispensable y es sumamente necesario para enriquecer la formación, resaltándose así la importancia que reviste el intercambio teórico entre diferentes disciplinas.

Como se advirtió en el apartado “Puntapié inicial”, existe una reducida cantidad de material bibliográfico y audiovisual que describa, explique y trate de comprender esta problemática y sus consecuencias psicológicas. Por tal razón, se debió rastrear minuciosamente los postulados de autores de diversas disciplinas para hacer posible la investigación de este fenómeno bajo una lógica que alojara las tres grandes dimensiones: psicológica, biológica y social.

Partir de la premisa de la comunicación como condición indispensable para la vida humana condujo a indagar sobre una de las problemáticas suscitadas en torno a ella: la tartamudez. Ella remite a una dificultad que se caracteriza por su inmensa complejidad, sostenida por la multiplicidad de factores que se ponen en juego en ella. Por su gestación en la situación dialógica, no sólo involucra a los procesos de lengua, lenguaje y habla, también envuelve vínculos y contextos del sujeto que tartamudea. Los síntomas de este padecer constituyen un entramado que involucra al área motriz, lingüística, cognitiva y emocional del sujeto, engendrando consecuencias psicológicas que fabrican un mundo cargado principalmente de sentimientos negativos, con una percepción general de la tartamudez asociada a una desgracia que atormenta al desarrollo vital armonioso.

El eje que permitió establecer un punto de inflexión a lo largo del desarrollo teórico fue la conceptualización de Levin (2011) acerca de la situación dialógica, haciendo posible una descripción mucho más precisa de esta dificultad de comunicación. Comprendida como un espacio abierto donde se encuentran las diferencias subjetivas por el placer de conversar y circula el deseo del reconocimiento como buen hablante, sacó a relucir la importancia que revisten los lazos afectivos en la estructuración de la

subjetividad, así como también las condiciones que constituyen a la tartamudez como modalidad discursiva singular. En este último caso, la situación dialógica adquiere características intimidantes y conflictivas. Allí predomina la sobredimensión y sobrevaloración del otro, cuya incidencia directa contribuye a la consolidación de dicha modalidad y culmina en una cuestión identitaria que causa sufrimiento. Se sitúa que la tartamudez se inicia con una asunción subjetiva defectuosa del yo y acaba constituyéndose en un rasgo de identidad, *el tartamudo*, que culmina con el aislamiento del sujeto hablante etiquetado de esa forma.

Por la connotación negativa y el descrédito que conlleva esta etiqueta, se asoció dicha problemática con la noción de estigma elaborada por Goffman (1963), haciendo alusión a la marca social negativa que afecta la percepción de una persona en la sociedad. Así, se pudo comprender cómo durante tanto tiempo los sujetos tartamudos trataron de evadir, callar y ocultar su padecer debido al desprestigio y la vergüenza que ocasiona ese estigma tanto en su alrededor como en sí mismos. Con el objetivo de promover la desmitificación y naturalización de esta compleja realidad, se acudió a exponentes que brindaron su experiencia personal como tartamudos e intentaron visibilizar el dolor que les causa este acontecer en su vida diaria. De esta manera, se vislumbró un contexto signado por la culpa, el sufrimiento, el temor, la inseguridad, la frustración y el intento fallido de esconder una modalidad discursiva que no debe ser motivo de silencio, menosprecio, burla o vergüenza.

Frente a este panorama, es indispensable asumir una posición ética que promueva la transformación de ese estigma peyorativo de *ser tartamudo* hacia una nueva visión de la tartamudez como lugar de subjetivación al que es necesario brindarle respeto, aceptación, acompañamiento y, fundamentalmente, escucha.

Para finalizar, se desarrolló el testimonio contemporáneo de Eduardo "Wado" De Pedro, abogado y político argentino que convive con la tartamudez desde su temprana infancia. Wado relata en primera persona cómo logró aceptar su dificultad luego de transitar una infancia y adolescencia marcadas por la frustración que le generaba ser

14

tartamudo. Esta historia de vida signada por el esfuerzo, los prejuicios y la superación, reflejó e integró sintéticamente los conceptos teóricos desarrollados con anterioridad. El recorrido de este TIF posibilita la ampliación de la visión individual en esta problemática y conduce a una perspectiva vincular-contextual para su mayor entendimiento. En esta dirección, el abordaje psicológico es sumamente crucial ya que puede impactar de forma significativa en la calidad de vida de los sujetos afectados, brindando acompañamiento y recursos necesarios para elaborar y resignificar las emociones, aliviar el sufrimiento y promover el bienestar general.

Solamente fomentando "el respeto por la libertad en los modos de ser con el lenguaje y el cuerpo, resignificando el padecimiento de 'ocultar' la tartamudez por la espontaneidad de ser, mostrar y dejar mostrar las trabas y/o tartamudez" (Perfumo, 2018) se podrá ayudar a apaciguar el dolor conlleva afrontar un padecer de estas características.

Al tratarse de una problemática tan compleja como inacabada, exige el compromiso profesional de ser retomada en futuras indagaciones e invita constantemente a la formación de nuevos interrogantes.

5. Bibliografía

Azcoaga, J. (1984). *Los retardos del lenguaje en el niño*. Paidós.

Bonantini, C. (1999). *La Psicopsicología como espacio de conocimiento bisagra entre la Psicología y la Sociología*. Universidad Nacional de Rosario. La Biblia (1961). *Tomo I, Los cinco libros de Moshé. Torá. Éxodo. Capítulo 4*. Versión castellana de León Dujovne, Manáses Konstantynowsky, Moisés Konstantynowsky. S. Sigal.

Chokler, M. (1988). *Los Organizadores del Desarrollo Psicomotor, del mecanismo a la psicomotricidad operativa*. Cinco.

Chokler, M. (1998). *Neuropsicopsicología del Desarrollo – Marco conceptual para la práctica de la Atención Temprana*. Revista La Hamaca, N° 9. FUNDARI. Departamento de Salud de Cataluña (2022). *Boletín de Farmacovigilancia*. En https://scientiasalut.gencat.cat/bitstream/handle/11351/8842/BFV_2022_20_05_cas.pdf?sequence=2&isAllowed=y

- Goffman, E. (1963) *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu
- Levin, J. (2002) *Tramas del lenguaje infantil*. Lugar.
- Levin, J. (2011) *La tartamudez. Otra perspectiva*. Lugar.
- Friedman, S. (2000) *La tartamudez en la infancia*. En <http://ttmib.org/documentos/Friedman1.pdf>.
- Ibañez, M. (2023). *La tartamudez y la imagen del hablante*. En Fonoaudiología: el cuidado de la comunicación humana en diversos contextos de intervención. Laborde.
- Martin, H. (2022). *Wado De Pedro y su fonoaudióloga: la tartamudez, qué palabras no le salían y la nariz rota por el bullying que sufrió*. Diario Infobae. <https://www.infobae.com/sociedad/2022/05/11/wado-de-pedro-y-su-fonoaudiologa-la-tartamudez-que-palabras-no-le-salian-y-la-nariz-rota-por-el-bullying-que-sufrio/> Materia Psicología del Lenguaje y el Desarrollo (2022). *Programa de la asignatura de la carrera de Psicología*. Universidad Nacional de Rosario.
- Mizrahi, M. (2014). *Tartamudeante no hay camino, se hace camino al hablar....* En Lara, B. y Bereciartúa, G. (comp). *Lenguaje. Una perspectiva interdisciplinaria*. Escritos N° 2. Bs. As. Lara. B.G.
- Nöllmann, M (2023) “Hay días en que te trabás más” *Wado De Pedro habla de su tartamudez, el bullying, las frustraciones y cómo venció sus temores*. Diario La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/hay-dias-en-que-te-trabas-mas-wado-de-pedro-habla-de-su-tartamudez-el-bullying-las-frustraciones-y-nid05062023/>
- Perfumo, S. C. (2018). *La comunicación fluida. Una perspectiva para la prevención y atención de la tartamudez*. En <https://fcm.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2021/03/Parte-6.pdf>
- Peyrone, M. C. (2000). *La tartamudez en la infancia*. En <http://ttmib.org/documentos/Friedman1.pdf>
- Rodríguez, P. (2005). *Hablan los tartamudos*. Universidad Central de Venezuela.
- Peyrone, M. C. (2010) *Tartamudez o comunicación incierta o entrampada*. En La clínica fonoaudiológica. Del proceso diagnóstico al abordaje terapéutico. Universidad Nacional de Rosario.
- Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística general*. Losada.
- Watzlawick, P. (1985) *Teoría de la comunicación humana*. Herder